

DIOS Y EL DINERO SON INCOMPATIBLES

7 de Agosto de 2022

Evangelio según LUCAS 12, 32-48

Y a los discípulos les dijo:

-No temas, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Padre reinar de hecho entre vosotros.

Vended vuestros bienes y dadlo en limosna; haceos bolsas que no se estropeen, una riqueza inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni echa a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis el corazón.

Tened el delantal puesto y encendidos los candiles; parecos a los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para, cuando llegue, abrirle en cuanto llame.

¡Dichosos esos siervos si el señor al llegar los encuentra despiertos! Os aseguro que él se pondrá el delantal, los hará recostarse y les irá sirviendo uno a uno. Si llega entrada la noche o incluso de madrugada y los encuentra así, ¡dichosos ellos! Esto ya lo comprendéis, que si el dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, no le dejaría abrir un boquete en su casa. Estad también vosotros preparados, pues, cuando menos lo penséis llegará el Hombre...

✂-✂-✂

Jesús tenía una visión muy lúcida sobre el dinero: «No se puede servir a Dios y al Dinero». Es imposible. Ese Dios que busca con pasión una vida más digna y justa para los pobres no puede reinar en quien vive dominado por el dinero.

Con su vida y su palabra se esfuerza por enseñar a todos cuál es la manera más humana de «atesorar».

En realidad, no todos podían hacerse con un tesoro. Solo los ricos de Seforis y Tiberíades podían acumular monedas de oro y plata. A ese tesoro se le llamaba *mammona*, es decir, dinero que «está

seguro» o que «da seguridad». En las aldeas no circulaban esas monedas de gran valor. Algunos campesinos se hacían con algunas monedas de bronce o cobre, pero la mayoría vivía inter-cambiándose productos o servicios en un régimen de pura subsistencia.



Jesús explica que hay dos maneras de «atesorar». Algunos tratan de acumular cada vez más *mammona*; no piensan en los necesitados; no dan limosna a nadie; su única obsesión es acaparar más y más. Hay otra manera de «atesorar» radicalmente diferente. No consiste en acumular monedas, sino en compartir los bienes con los pobres para «hacerse un tesoro en el cielo», es decir, ante Dios.

Solo este tesoro es seguro y permanece intacto en el corazón de Dios. Los tesoros de la tierra son caducos, no dan seguridad y siempre están amenazados. El dinero atrae nuestro corazón y nos seduce porque da poder, seguridad, honor y bienestar: viviremos esclavizados por el deseo de tener siempre más.

Aun en medio de una sociedad que tiene su corazón puesto en el dinero es posible vivir de manera más austera y compartida.

SIGUIENDO TUS HUELLAS, SEÑOR

Partir con quien nada tiene,
pero que es digno de todo lo mejor
a sus ojos tristes y rojos,
y a los de Dios que nos mira a todos.

Partir no sólo lo sobrante,
también lo que hemos robado,
lo que hemos trabajado,
y hasta lo que nos es necesario.

Partir por justicia, por amor,
por encima de lo que es legal,
sin intereses y sin llevar la cuenta,
hasta que el otro sienta la hermandad.

Partir con sencillez y entrega,
sin creerse mejor ni superior,
sin exigir cambio, ni recompensa,
ni reconocimiento a nuestra actitud.

Partir, y aceptar decrecer
sin agobio, sin temor, sin tristeza,
con la confianza puesta en ti
para hacer posible la fraternidad.

Partir evangélicamente
en todo tiempo, en todo lugar,
dentro y fuera de nuestro hogar,
en toda ocasión, aquí, ahora ya.

Partir, o al menos intentarlo cada día,
nunca en solitario, siempre en compañía;
pero sin pretensiones ni vanidad,
sólo para hacer posible el compartir.

Como Tú, Señor.

Florentino Ulibarri



Destino universal de los bienes de la Tierra

La actitud de vigilancia y servicio tiene en el evangelio de hoy una muy importante concreción: «repartir a la servidumbre la ración a sus horas».

Dios ha destinado los bienes de la tierra, que son suyos, a que se distribuyan a sus hijos con criterios de justicia y caridad. Y en nuestro mundo hemos llegado a una situación de clamorosa injusticia. Los lamentos de los pobres llegan hasta el Señor, que tiene para ellos un designio de liberación, que los creyentes hemos de acelerar. No podemos, no debemos convivir con la injusticia establecida. Debemos rendir cuentas de nuestra pasividad y complicidad con un estilo de vida y convivencia universal intolerable.

La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha.

A veces somos duros de corazón y de mente, nos olvidamos, nos entretendemos, nos extasiamos con las inmensas posibilidades de consumo y de distracción que ofrece esta sociedad. Así se produce una especie de alienación que nos afecta a todos, ya que «está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y de consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana».

Evangelii Gaudium